

Anamnese (Anamnesis)

Por Íris Schmitt

Al mirar *Anamnesis*, trato de mantenerme imparcial y sobrio, pero lloro como lloré la primera vez. No es una película fácil de ver y, por lo tanto, a diferencia de la mayoría de las que hay, aporta una fuerza que faltaba en la manera en que se trataba el tema. Hay algo sorprendente, sensible y desafiante en la elección del punto de vista en esta película. Por lo general, no se considera el registro volátil, lleno de agujeros y ausente de alguien que está perdiendo la capacidad cognitiva. El discurso repetitivo, confuso y a veces falso de una persona con demencia deja tan desconcertados a los autodeclarados “sanos” que rápidamente usamos nuestra supuesta sanidad para descalificarlo. Por una cierta noción de que alguien necesita recordar, asumimos la responsabilidad. Por amor y cariño, pero también por lealtad al control y al orden, asumimos el papel de gestionar, registrar y hablar por aquellos que ya no pueden representarse a sí mismos como antes.

El miedo a la pérdida, la dificultad para afrontar los cambios, la falta de control sobre el proceso y la amenaza inminente de la llegada del día en el que ya no nos reconoceremos acechan a todo aquel que convive con víctimas de demencia. La película de Tiago Lipka es una inmersión intensa que nos insta a salir de nuestro lugar seguro de autocontrol y empezar a reconocer el profundo tormento de quien vive la enfermedad. Estamos tan inmersos en la sobriedad práctica y pragmática de nuestro propio dolor que olvidamos a quien más importa. Olvidamos que la persona que estamos perdiendo antes que nada se pierde a sí misma y ese es el más doloroso de los dolores. Queremos creer intensamente que la demencia puede estar, al menos, blindando a sus víctimas de la conciencia de su propia condición, que la aparente inocencia del olvido les impide sentir el peso de la verdad.

Una de las escenas del documental tiene un cuadro en la pared que le dice al demente que se encuentra bien. Que todo está bien. Que no va a cambiar. Que nadie va a cambiar. Le dice que no molesta. No puedo pasar esta imagen ilesa. No puedo dejar de recordar que mi propia abuela siempre estaba inquieta, queriendo ir a otra casa; que tenía ataques de llanto desgarradores durante las actividades ordinarias; que, eso sí, muchas de sus conductas desordenadas generaban malestar y que omitir ese sentimiento mezquino era parte del pacto colectivo para aliviar el sufrimiento. Hacemos lo que parece correcto, pero casi nunca les preguntamos qué prefieren.

(Hacer) *Anamnesis* molesta. Recordamos quiénes eran, qué hicieron, qué les gustaba. Sus modales, su manera de hablar, su vitalidad. Nosotros podemos recordar, ellos no. Los

miramos y vemos todo: el ahora, el antes y todo lo que está por venir. Pensamos que no entendemos nada de esto, que estamos atrapados en el looping del presente. ¿Qué tan doloroso sería asumir que cometimos errores, que silenciamos, ignoramos y descuidamos al sujeto que estaba ahí mientras extrañamos de forma egoísta lo que ya no está?

Anamnesis duele al no dejar dudas de que tenemos sentimientos de principio a fin, que lloramos al nacer y al morir, aunque no entendamos qué es lo que nos hace llorar. En mi caso, me desafió ver que tal vez mi abuela sabía por qué lloraba y que yo no había tenido el coraje de preguntarle. Tal vez su dolor fuera tan grande que no cabía en palabras, o, en esas frases coherentes, con principio, medio y fin, que a los “sanos” les gusta decir. De todos modos, tal vez la confianza en la lógica, la memoria y la concatenación de ideas sean barreras protectoras para nuestra sensibilidad, tratando de alejarnos de los escombros de nuestra alma, manteniendo los ojos bien abiertos, estables y atentos al exterior, pero temerosos de ver los castillos de arena y monolitos espeluznantes que habitan nuestra oscuridad.